

gánico" como instrumento del conocer y su rechazo de la abstracción, es preciso admitir su certera teoría del conocimiento como coordinación de conjuntos. El conjunto de lo físico, el conjunto de lo orgánico y el conjunto de lo espiritual son indispensables a la integración de mi personalidad. La escala de los conjuntos existenciales la reconstruye mi conciencia que se dirige hacia su fin. Los elementos heterogéneos que nos llegan por los sentidos y por la inteligencia tienen que ser coordinados. "El pensamiento coordina, emparentando los movimientos, buscando en ellos la armonía y la meta de la acción combinada que persigue el conjunto. Y en cada conjunto se revela un existir renovado, que deja intacta la individualidad de cada una de las partes y éstas, por concurrencia, engendran todos parciales que las superan y les dan finalidad".<sup>9</sup> Por otros caminos, también nosotros aspiramos a la armonía de un saber total. Como Vasconcelos, también nosotros deseáramos descubrir la colocación y la función de las partes dentro del *uni-verso*. Pero mientras nuestro querido e inolvidable maestro profesó un decidido anti-intelectualismo, que le impidió llevar a un cabal desarrollo sus valiosas intuiciones, nosotros hemos forjado nuestra *filosofía como propedéutica de salvación*, y nuestro integralismo metafísico antroposófico, dentro de un intelectualismo realista metódico. Acaso sea éste el mejor testimonio de discípulos que le podemos ofrecer al maestro. "Cuando yo escribo un libro —decía Gentile— y mis alumnos lo aprenden de memoria y lo repiten, esos no son discípulos míos; pero cuando uno lee un libro mío y porque lo lee piensa con su cabeza, ése sí es un discípulo mío y yo soy su maestro, porque he hecho nacer un nuevo filósofo". Mi obra es un ensayo de "pensar con mi cabeza", en diálogo con mis maestros. De pensar la realidad con su concreta y verdadera integridad.

<sup>9</sup> VASCONCELOS. *Todología*, Ediciones Botas, México 1952, p. 48

## EN TORNO A SARTRE Y EL PROBLEMA DE LA HISTORIA

Prof. GONZALO HERNÁNDEZ DE ALBA  
Universidad de Nuevo León

UNO DE LOS PUNTOS CLAVE de la crítica que se ha dirigido a la obra filosófica de Jean-Paul Sartre y que ha producido enconadas polémicas, es aquel que tacha al pensamiento de este autor de ser franca y decididamente ahistórico. Se ve en él la negación de toda posibilidad de romper los marcos del presente y, por ende, de enfrentarse al pasado como tal. Crítica que no deja de tener importancia, puesto que nos presenta a la filosofía que sostiene como fundamental postulado "*la primacía de la existencia sobre la esencia*" dejando de lado, por voluntad personal ya que no por necesidad metódica o de coherencia lógica, toda una amplia gama de posibilidades para obtener un más completo acercamiento, una mayor comprensión, para llegar a una mejor realización y visión de la existencia como tal y de nuestra existencia personal y concreta, para facilitar el cumplimiento de los límites que desde la publicación de su primera obra, *Bosquejo de una Teoría de las Emociones*, se trazara este fecundo y discutido pensador francés. No es nuestro deseo el adentrarnos en los atractivos pero peligrosos vericuetos de la crítica filosófica, ni el seguir o compendiar las discusiones que como secuela han surgido en torno de ella, sino el tratar de ver la posibilidad o imposibilidad de una fundamentación, tratando de quedarnos en lo posible dentro de los límites del pensamiento de Sartre, de algo así como una "historia existencial" o de una comprensión de la trayectoria y proyección en el pasado del sujeto por excelencia de esta posición ideológica: el hombre. En mor de brevedad nos contentaremos con esbozar lo más rápidamente posible las principales características y notas de algunas de sus tesis, especialmente de aquellas que consideramos como más adecuadas para el acercamiento y comprensión del tema que nos hemos propuesto.

"Estoy condenado, escribe Sartre en su primera obra fundamental, a existir para siempre más allá de mi esencia, más allá de las causas y motivos de

mis actos: estoy condenado a ser libre. Esto significa que no se pueden encontrar otros límites de mi libertad que la libertad misma; o, si se prefiere, que no somos libres de dejar de ser libres".<sup>1</sup> Según esto la libertad se nos aparece como una constante y permanente posibilidad de ruptura, de anadamiento y no de suspensión o "epogé", del mundo Mostrándonos como la estructura misma de la existencia. No es, no implica, ni tiene en cuenta algo así como un capricho momentáneo o un deseo inmediato que se pierde en y por su inmediatez. Muy por el contrario sus raíces se hunden en lo más íntimo de la existencia. "Un existente que como conciencia, está necesariamente separado de todos los demás, ya que están en relación con él sólo en la medida que son para él, un existente que decide de su pasado, bajo forma de tradición y de futuro a la vez, en lugar de dejarle pura y simplemente determinar su presente, un existente que se hace anunciar por algo que le es ajeno, o sea, por un fin que él no es y que proyecta al otro lado del mundo, he aquí lo que llamamos un existente libre".<sup>2</sup> Esta libertad tiene que ver, se refiere y está en consonancia con el *proyecto fundamental*; que comprende y encierra los actos y los deseos particulares. Y que constituye la última posibilidad de la existencia humana: la *elección originaria*. A la elección del proyecto le es inherente la libertad originaria, la libertad incondicionada. No se implica en ningún momento el dejar de lado, el no tener en cuenta, un margen de imprevisibilidad y contingencia que representa y en cierta manera constituye el núcleo de las acciones particulares. Con ellas y su contingencia, su estado de desazón, se introduce en el campo de acción de los hombres la posibilidad de modificar, reestructurar y recrear, ese proyecto inicial. "La angustia que cuando es revelada, manifiesta a nuestra conciencia nuestra libertad, testifica la modificabilidad perpetua de nuestro proyecto inicial". El hombre existente pues, se encuentra perpetuamente posibilitado, mejor aún, amenazado, por la posibilidad esencial del rechazo o anulación de su proyecto: por la posibilidad de dejar de ser y convertirse en otro. "Por el solo hecho de que nuestra elección absoluta es frágil, escribe Sartre, apoyando en ella nuestra libertad, ponemos a la vez su perpetua posibilidad de convertirse en un más acá atravesado por el más allá que yo sería".<sup>3</sup>

La libertad de que habla Sartre es la que permanece dentro de los límites de la acción y facticidad del mundo, no la que pueda provenir de un quietismo absurdo o de un inhumano deseo de escape. Facticidad que, tal como la acción, es indeterminada y surge de la libertad que la "pone" y entrega

<sup>1</sup> SARTRE, JEAN-PAUL, *L'Être et le Néant*, ed. Gallimard, 50 ed., Paris, 1957, p. 515.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, p. 530.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 543.

al ser con la elección. Así el hombre se hace responsable no sólo de sí mismo y de cuanto haga y decida hacer sino del mundo y de cuanto acontece en él. Hechos y acontecimientos que dependen, toman su realidad, en última y primigenia instancia, de la libertad y consecuente elección originaria. Para Sartre todo lo que le acontece al hombre es humano. Lo inhumano no tiene lugar ni cabida en su pensamiento: "Las más atroces situaciones de la guerra, las peores torturas, no crean un estado de cosas inhumano: No existe una situación inhumana; sólo por miedo, por huída y recurso a situaciones mágicas, *decidiré* sobre lo que es inhumano, pero esta decisión es humana y cargaré con su total responsabilidad".<sup>4</sup> Tampoco existen para Sartre hechos accidentales, un acontecimiento social que en alguna manera logre afectar a un individuo, y no importa en qué o de qué manera, no le es extraño, le pertenece y si quiere ser sincero debe hacerlo suyo. Como individuo concreto esta guerra me pertenece y "la merezco, en primer lugar, porque podría sustraerme a ella con el suicidio y la deserción: estas posibilidades últimas son las que siempre deben estar ante nosotros cuando se trata de afrontar una situación. Si no me he sustraído a ella, la he elegido. . . en todo caso se trata de una elección".<sup>5</sup>

La estructura ontológica del proyecto puede y debe ser descubierta por medio de y en el *psicoanálisis existencial*. El único instrumento útil según nuestro autor para mostrarnos y demostrarnos cómo en el fin de todo acto humano se encuentra una determinada elección libre y un determinado y concreto deseo de un ser en-sí fáctico y objetivo. Tendiéndose hacia la meta ideal de ser una conciencia que funde y fundamente su propio ser en-sí: "Es este el ideal que se puede llamar Dios. Así se puede decir que lo que más hace concebible al proyecto fundamental de la realidad humana, es el hecho de que el hombre es el ser que proyecta ser Dios. . . es lo que le anuncia y le define en su proyecto último y fundamental".<sup>6</sup> Así el hombre se nos presenta como poseyendo una ambición trascendental, es cierto, pero como un deseo fallido. La síntesis del en-sí de las cosas del mundo con el para-sí de la conciencia es la gran teleología hacia la que tendemos los hombres sin nunca poderla alcanzar. Este imposible tránsito del en-sí y el para-sí es al que continua e incesantemente tiende la acción humana. Como claramente se ve se hace indispensable en este nivel del pensamiento de Sartre el enfrentarse al análisis de una ética que complementa y dé fin a sus análisis ontológicos.<sup>7</sup> El *Ser y la Nada* apunta hacia una moralidad que debe total-

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 639.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, pp. 639-640.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, p. 653.

<sup>7</sup> En lugar de esa reflexión sobre la moral que anunciara en las últimas líneas del

mente prescindir del llamado "espíritu de seriedad". De la tendencia a considerar a las cosas como ya provistas de un valor trascendente a la subjetividad humana. No es posible enfrentarse al hombre como al ser "para el cual existen los valores" sin darse cuenta de que "todas las actividades humanas son equivalentes, puesto que todas tienden a sacrificar al hombre para hacer surgir la causa de sí —y todas por principio están destinadas a fracasar. Siendo así lo mismo emborracharse en soledad que guiar a los pueblos. Si una actividad es superior a la otra no es por causa de su motivo real, sino por causa de la conciencia que posee su objetivo final; y, en este sentido, sucedería que el quietismo del borracho será superior a la vana agitación del conductor de los pueblos".<sup>8</sup>

Como veíamos, el hombre posee un recurso altamente valioso en su vida: el modificar, dirigir, su futuro, su porvenir. Introduciéndose en la vida de los hombres y, en cierta manera, en la de las colectividades, lo que se ha venido llamando una "eterna moratoria". Puesto que la muerte, esa absoluta detención de la libertad, es el único camino que lleva al desprendimiento y posterior comprensión de la esencia humana, de la esencia de este hombre determinado y concreto, de la esencia de una colectividad social con características semejantes. Y todo ello porque sólo, claramente nos dice Sartre, es posible juzgar a los muertos. Sólo frente a ellos podemos obtener una especie de objetividad. Podríamos decir, en términos generales, que la historia es para Sartre, a lo menos a la altura del *Ser y la Nada*, una *cirugía mortuoria*. Una actividad experimental que debe estudiar al ser en-sí detenido y que enfáticamente se niega a hablar [de] lo que se encuentra abierto ante un futuro, que estudia lo concreto y lo determinado. Interpreta al en-sí es cierto, pero no lo hace de una manera definitiva, no pretende determinar su sentido de una vez por todas, no quiere ni puede ser eternamente valedera. Por tener como campo de acción lo social, y con él lo humano y su pasado, se encuentra afectada por esa perpetua moratoria que la hace inminentemente imprevisible y, por tanto, indeductible. El único momento que cobra una real y definitiva importancia, tanto en la trayectoria común de los hombres como en la historia particular de cada uno de ellos, es el último. Es el que decide por todos los demás. Con anterioridad a su cumplimiento es completamente imposible el establecer un juicio completo y con pretensiones de validez. Ya que en este momento y por él se puede cambiar toda una actitud, toda una concepción, toda una manera de ser y de obrar. "Conta-

*Ser y la Nada* Sartre nos ha dado en su *Crítica de la Razón Dialéctica* un análisis de la actividad concreta, de la praxis de los hombres.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, pp. 721-722.

minándose" todo el conjunto de las acciones, de hechos y deseos que hicieron parte y constituyeron una vida.

Elegir vivir de una determinada manera, tener el valor de morir de acuerdo con la elección libre y personal es el gran dilema del hombre y de los hombres. Del hombre con nombre y del hombre como colectividad. La muerte personal o la muerte social<sup>9</sup> entrega, por así decirlo, a ese hombre o sociedad a los demás. Los hace entrar en la historia, los entrega y enfrenta a los otros, a los jueces. "¡Fue sólo un desfallecimiento corporal!, dice uno de los personajes de *Huis-Clos* explicando su muerte. Sólo que *todo ha quedado para siempre en suspenso*. . . ¡Garcín es un cobarde. He aquí lo que han decidido mis compinches. De aquí a seis meses dirán "cobarde como Garcín". . . éstos morirán pero detrás vendrán otros que volverán a tomar la consigna: les he dejado mi vida entre sus manos. . . *Hacen el balance sin ocuparse de mí y tienen razón*, puesto que he muerto. . . *He caído en el dominio público*".<sup>10</sup>

Los hombres, podemos concluir con Sartre, poseen frente a la historia, un doble papel que corresponde a la doble actividad que deben desempeñar en sus vidas: son actores y jueces. Autor y actor de la historia, ya que son sus acciones, deseos, elecciones libres y actuaciones de mala fe algunos de los elementos más importantes y constitutivos de la evolución histórica. Juez de los demás y de la historia somos los hombres por ser los únicos que podemos sopesar, comprender, valorar y justipreciar la vida y las acciones humanas y, con ellas y por ellas, desentrañar o adjudicar un sentido a la historia. Sólo el hombre, considerado como elemento constitutivo de una sociedad y como individualidad, puede explicarse y explicarnos el recóndito y cambiante sentido de la historia. Explicación que tiene como medio y fin el sometimiento a las perspectivas, actitudes y, por qué no, valores humanos, de una determinada época y sociedad. Sometimiento que produce y explica la necesidad de una constante revisión calificativa y revalorativa del pasado humano en función de un presente concreto y determinado. Haciéndonos patente, de compartir estas tesis, la razón última de la existencia y necesidad de múltiples y variadas interpretaciones del devenir histórico: nos hace comprender el porqué de una historia del Imperio Romano interpretado a la manera y según la época de un Títo Livio, o dentro de los lineamientos de una "Scienza Nuova", o de acuerdo con un Mommsen o un León Homo.

Las historias cambian porque el hombre que se enfrenta al análisis del suceder histórico no es nunca el mismo. El hombre dota a la historia y a su

<sup>9</sup> Si es posible hablar de la muerte de una sociedad o de una cultura.

<sup>10</sup> *Huis-Clos*, ed. Gallimard, Paris, 1947, p. 105. El subrayado es nuestro.

visión de ella de un doble cambio, de una doble manifestación del acontecer: el devenir propio de la historia, de las acciones libres que la constituyen, y esas transformaciones producto del constante trastocar de valores y perspectivas que frente a los hechos históricos pueden tener y hacer suyas hombres de diferentes épocas y de diferentes culturas, o miembros de una misma sociedad pero en diversos momentos de su evolución o estando colocados en diversas y opuestas clases sociales o manteniendo diferentes posiciones vitales.<sup>11</sup> La historia se nos presenta, pues, como dotada de una doble perspectiva: es el resultado de las acciones y decisiones de los hombres que han pasado pero tal como la quieren o necesitan ver los hombres del presente, de no importa qué presente. Esta historia, producto del hombre que ha sido y del que es, habla, nos habla, de un hombre real que ha sido, de alguien concreto, que existe "pero un existente no puede justificar nunca la existencia de otro existente".<sup>12</sup> El tratar de justificar las acciones que puedo cometer en mi presente por medio de las pasiones y acciones sufridas y cometidas por otros hombres en otros presentes implica el caer, el cometer una *acción de mala fe*.<sup>13</sup> Ni el hombre presente ni el pasado tienen o pueden pedir una justificación. El hombre histórico es lo que es. Es el conjunto de sus obras, es el conjunto de sus acciones, es la totalidad de sus decisiones efectivamente cumplidas. El hombre presente es un proyecto libre. El hombre histórico es el resultado del cumplimiento de sus proyectos detenidos. La historia es el análisis de los proyectos de los hombres que han sido por los que son.

Si la historia es el descarnado análisis de los proyectos humanos, se nos presenta como no siendo otra cosa sino el resultado de las acciones de sus miembros constitutivos. La historia sería lo que ciertos hombres han querido, con y en su vida, que fuera. Sería el conjunto, pero no la suma, de

<sup>11</sup> Vale la pena citar un texto que aclara y ejemplifica esta atrevida tesis: "Cada uno juzga la historia según la profesión que ejerce. Formado por su acción cotidiana sobre la materia, el obrero ve en la sociedad el producto de fuerzas reales obrando según leyes rigurosas... el burgués, por el contrario, y el antisemita en particular... se comportan frente a los hechos sociales como los primitivos que dotan al viento o al sol de una almita. Intrigas, cábalas, trampas de uno, el valor y la virtud del otro: eso es lo que determina el valor de su comercio, es lo que determina el desarrollo de su mundo". *Reflexions Sur la Question Juive*, ed. Gallimard, Paris, 1954, p. 43.

<sup>12</sup> *La Nausée*, ed. Gallimard Paris, 1938, p. 250.

<sup>13</sup> El sostener un punto de vista como éste hace comprensible el que se desprecien y llamen "recursos de mala fe" a todas aquellas interpretaciones de la historia que pretenden alabar o denigrar alguna determinada actitud social o política en función de un "espíritu nacional eterno" o de la pertenencia a un "grupo superior", para no citar sino dos ejemplos bien conocidos.

las acciones y pasiones de ciertas individualidades que, para Sartre son, por sus conflictos internos, los *motores* de la historia.<sup>14</sup> Los conflictos internos adquieren ese poder de fungir como motores del desarrollo histórico y del desenvolvimiento colectivo no sólo cuando se dan dentro de una determinada personalidad, sino cuando se encuentran en el seno de un determinado y concreto grupo de individuos, de una familia, de una clase social. El que se den en unos u otros no altera ni su labor efectiva, ni su constitución, ni, mucho menos, la posibilidad de su desentrañamiento y estudio. El conocerlos y comprenderlos es uno de los más importantes factores para el conocimiento de la realidad histórica y, por tanto de la realidad del hombre. En nuestra época, se queja Sartre en su *Cuestión de Método*, la historia se hace sin conocerse, se la considera, por incompreensión o desconocimiento de sus motores, como el resultado de una cadena de actos fortuitos, sin ley, como un ciego encadenarse de hechos-causa y acontecimientos-efecto, como el conglomerado y la suma de una serie de contingencias innumerables. Pero en nuestra época existe una imperiosa necesidad de transformar ese fatalista punto de vista ya que el hombre más auténticamente actual, "el revolucionario, si quiere obrar, no puede ni debe considerar a los hechos históricos como el resultado de contingencias sin ley... unas constantes, unas series parciales, leyes de estructura dentro de formas sociales determinadas, he ahí lo que necesita para poder prever. Si se le da más, todo se desvanece en idea, ya que no precisa *hacer* historia, sino leerla día a día; lo real se convierte en sueño".<sup>15</sup> —Pero si se le da menos, nos sentimos tentados de agregar, lo real se convierte en pesadilla—. Se nos hace, pues, necesario el conocimiento de unas leyes estructurales de la historia dentro de formas sociales determinadas. Y ello sólo puede producirse por medio de un análisis que parta de la explicitación de los diversos motores que puedan darse y encontrarse en la historia.

Dentro de esas necesidades el conocimiento de las personalidades, individuales o colectivas,<sup>16</sup> es de singular importancia, ya que el análisis de sus "conflictos internos" puede aclarar y hacer comprender en sus propios lineamientos los motivos últimos de la historia, su porqué y su cómo. Además

<sup>14</sup> Cf. *Question de Méthode*, en *Critique de la Raison Dialectique*, ed. Gallimard, Paris, 1960, especialmente p. 115.

<sup>15</sup> *Materialismo y Revolución*, trad. Bernardo Guillén, ed. Deucalión, Buenos Aires, 1954, p. 92.

<sup>16</sup> Si es posible hablar de una "personalidad colectiva". A pesar de la extrañeza de la expresión y de su aparente contrasentido creemos que bien se puede emplear el término, ya que modernos estudios de la llamada psicología de grupos muestran la aplicabilidad del concepto y su existencia real. Por personalidad colectiva entendemos la fuerza de un determinado grupo social que produce en su seno los conflictos que

es indispensable, al menos para Sartre, aunque no sea claramente explícito en ello, el conocer a quienes hacen la historia para saber a qué atenerse en el momento de actuar, de producirla y en los momentos sucesivos. Ideas que nos parecen un tanto discutibles, ya que nos inclinamos a pensar que para el conocimiento y develación del sentido de la historia es menester una visión de conjunto y una perspectiva lo más amplia posible. La cercanía e inmediatez a los sucesos humanos y sociales que se pretenden historiar impide tener esa perspectiva deseada; además la posible existencia de intereses extrahistóricos puede llegar, y con frecuencia lo hace, a deformar el panorama total de los acontecimientos. Además, como el mismo Sartre lo quiere, la historia es imprevisible e inductible. Para poderla estudiar, para poderla comprender y poder comprender a los hombres que la vivieron tiene que sernos dada de antemano. Podemos estudiar lo más ampliamente posible, desentrañar su porqué y su cómo, de los acontecimientos acaecidos en la Revolución Francesa, pero no así a los de la Soviética. Podemos enfrentarnos al estudio de la figura de Lenin, pero no a la de Castro Ruz. La Revolución Soviética continúa evolucionando y desarrollándose. La Francesa está detenida, ya dio lo que podía y tenía que dar. Lenin ha muerto y lo poseemos plenamente. Castro vive y desconocemos su desarrollo y futura evolución. El enfrentarse a los hechos del presente inmediato con un método y una finalidad histórica, implicaría una tan gran flexibilidad de conceptos, una tan fuerte dosis de imprevisibilidad que se nos antoja incompatible con el concepto de historia y que la convertiría, si se puede hablar en este caso de historia, en una mera "adivinanza", agradable y divertida sí, pero que no es historia, ni ciencia ni nada semejante.

En la *Crítica de la Razón Dialéctica* insiste una vez más Sartre sobre la importancia fundamental que tiene el desentrañar y comprender el "proyecto fundamental", pero dando ahora principal énfasis a su incorporación y estudio dentro de una historia, pero no sólo en la que pudiéramos llamar individual sino en la social; no en una *historia ideal* sino en la historia concreta de una determinada sociedad en permanente construcción, en una sociedad en la que impera el trabajo individual y las relaciones de producción de todos sus miembros. Sólo en una sociedad que posea estas notas pueden claramente aparecer y ser comprendidas las determinaciones individuales, las determinaciones reales de los hombres. Ya que el hombre con nombre, este hombre singular de esta sociedad concreta, se define antes que nada como un ser *en situación*. Es decir, que forma un todo sintético con su situa-

van a fungir como motores de la historia o de alguna manifestación social determinada. Tal sería el caso de los Jacobinos en la Revolución Francesa, o de la burguesía nacionalista en las guerras Latinoamericanas de Independencia.

ción biológica, económica, política, cultural. Situación que no puede aislarse, separarse del hombre ya que ella lo forma, lo nutre y le da sus posibilidades. Y a la que el hombre, inversamente, da un sentido al escogerse en ella y por ella. No queremos decir, es obvio, que Sartre pretenda que los hombres no difieren entre sí, que su situación los hermana, iguala e identifica. Los hombres difieren como difieren sus situaciones y en razón de la escogencia que hagan de su propia persona. "Lo que hay de común entre ellos no es una naturaleza, sino una condición, es decir un conjunto de límites y restricciones: la necesidad de morir, de trabajar para vivir, de *existir en un mundo habitado de antemano por otros hombres*".<sup>17</sup> Hechos que hacen que el mundo que encontramos como dado, que nos entregan desde nuestros primeros días de vida, sea un mundo histórico. Aunque este hecho sea cierto, y lo es a todas luces, no nos obliga a definir al hombre por su historicidad, sino por su íntima posibilidad de vivir históricamente las transiciones y rupturas de su sociedad. Así surge la posibilidad de una definición *a posteriori* del hombre, mostrándolo como surgido en el seno de una sociedad histórica en la que ha nacido y, a su vez, como resultado de transformaciones sociales determinadas y concretas. Restricciones y determinaciones que sólo pueden ser vividas *en y por* un proyecto humano, que, tal como en los casos anteriores, no puede en ningún caso ser definido conceptualmente y que, en tanto que proyecto, es siempre comprensible, si no de hecho por lo menos de derecho. Hacer explícita esta comprensión no conduce, nos dice Sartre "a encontrar las nociones abstractas, cuya combinación pudiera restituirlo en el saber conceptual, sino a producir en sí mismo el movimiento dialéctico que parte de los hechos dados recibidos y se eleva a la actividad significativa. Esta comprensión que no se distingue de la *praxis* es a la vez la existencia inmediata... y el fundamento del conocimiento de la existencia".<sup>18</sup> Ese conocimiento indirecto de la existencia no es otra cosa que el resultado de una reflexión sobre ella, que fundamenta y posibilita algo así como el darse de una ideología y una ciencia sociales dentro de las que se encontraría, y en lugar de primer orden, la historia. Pero una historia entendida ahora como el resultado y la acción del proyecto personal y de la *praxis* humana total.

Dentro de una filosofía-ideología y una ciencia sociales entendidas de la manera anterior las investigaciones que se puedan efectuar en torno al pro-

<sup>17</sup> *Reflexión...*, p. 72. El subrayado es nuestro.

<sup>18</sup> No por un juicio *a priori*, o sea, por un prejuicio, sino por el simple y elemental hecho de existir, aun en la actualidad, sociedades que están comenzando a crear su presente y a tener un pasado, que están iniciando su historia pero que todavía no la tienen.

yecto humano deben destacar por su importancia y principalísimo lugar; ya que como veíamos el hombre es para Sartre, y siempre lo ha sido, fundamentalmente un proyecto, *su* proyecto. El obrar y actuar individual son los únicos medios que poseemos para comprender "el secreto del acondicionamiento del individuo como tal y como miembro de una sociedad". El sentido y valor que pueda mostrar una conducta humana se logra comprender, en su perspectiva general, mediante las realizaciones de las posibilidades o proyectos que aclaran y hacen comprensible lo dado por excelencia: la totalidad de las acciones y actuaciones humanas en su conjunto y dentro de su panorama social. El proyecto nos reenvía, pues, a la comprensión fundamental, fundamentadora y fundamentante de la realidad humana. Para nuestro autor, esta comprensión es siempre actual y nunca potencial, se encuentra expresada y dada en toda acción, en toda praxis y, lo que es más importante, sin tener en cuenta que sea individual o colectiva, que surja y aparezca en forma sistemática o manifestándose en forma de encadenamientos de causa a efecto o no.

Para Sartre sólo existe una entidad real y sólo existen unas relaciones reales: sólo existen hombres y sus relaciones socioeconómicas. Así pues, el objeto central de la ideología existencial, y para decirlo con las palabras de Sartre, "es el hombre singular en el campo social, en su clase o en medio de objetos colectivos y de otros hombres singulares, es la individualidad alienada, mistificada, tal como lo han hecho la división del trabajo y la explotación, pero luchando contra la alienación por medio de instrumentos falseados y, a pesar de todo, ganando pacientemente terreno".<sup>19</sup> Implicándose y deduciéndose que el soporte de los objetos colectivos —ideologías, relaciones sociales, instrumentos de trabajo, etc.—, debe buscarse en la actividad concreta de los individuos: "no *negamos* la realidad de estos objetos, pero pretendemos que es *parasitaria*".<sup>20</sup> Dejando a un lado ese carácter parasitario, estos objetos deben formar parte del estudio del hombre por humanizarse y deben hacerse partícipes de lo humano por intermedio de una multitud de relaciones humanas. La historia real, la historia concreta, la historia que logra sistematizar la praxis humana, sólo puede ser comprendida en la medida en que pueda reflejar la *mediación* de unos hombres concretos, de unos hombres con vida histórica real y asequible. No sólo la historia comprendida como el campo de acción y de desarrollo de la lucha de clases, o como el estudio de los movimientos e interrelaciones que puedan sucederse entre una base y una superestructura social, puede y debe ser entendida por la mediación de la acción de ciertos hombres, sino que para comprender lo más rectamente posible el desarro-

<sup>19</sup> *Question...*, p. 105.

<sup>20</sup> *Question...*, p. 86.

llo, acción y efectividad de ciertos "instrumentos ideológicos" se presenta como indispensable el analizarlos en función de una mediación real y concreta, es decir, humana.<sup>21</sup>

En esta, desafortunadamente demasiado breve, exposición de alguna de las ideas de Sartre se nos ha hecho patente con alguna claridad, puesto que ha sido necesario leer entre renglones, la importancia y destacado lugar que ocupa en su pensamiento la necesidad de fundamentar un enfoque existencial de la historia que proyecte, complemente y ejemplifique su posición filosófica. En esta que podemos llamar su concepción de la historia es de excepcional importancia centrar la atención en la acción de unos individuos concretos. En individuos que pueden ser vistos como los mediadores y catalizadores de la historia. Mediador sería el hombre capaz de modelar y señalar las guías de acción que en un momento determinado y concreto debe o puede seguir su sociedad. Y puede hacerlo sin necesidad de recurrir a actitudes mágicas o interpretaciones metafísicas puesto que, como todo hombre, puede modificar, dirigir su porvenir y con él el futuro de la sociedad en la que está obrando. Así la personalidad no es para Sartre ni la encarnación de un "Espíritu Absoluto", ni la personificación de una ahistórica "tabla de valoración", ni el hombre que por un impulso divino o casi, es capaz de convertir una "sociedad cerrada" en una "abierta", ni, mucho menos, un "superhombre étnico". Es la expresión de su tiempo, la síntesis de sus problemas y el anhelo de resolverlos transformando su sociedad. Modificación y transformación que sólo aparece para —nosotros y que sólo son según nosotros. Puesto que somos los únicos que tenemos la posibilidad de darnos cuenta de las consecuencias que la acción libre de una determinada personalidad ha podido desencadenar. Somos los únicos que tenemos una perspectiva y una objetividad adecuada para comprender a los hombres que han sido y con ellos a su historia, a nuestra historia.

En párrafos anteriores señalábamos cómo para Sartre sólo existen hombres y las relaciones reales que se puedan dar entre ellos. Podemos agregar que, de ser esto verdadero y así lo creemos, sólo hay una historia: la historia humana y que "los hombres hacen su historia sobre la base de las condiciones reales anteriores (entre las cuales se deben contar los caracteres adquiridos, las deformaciones impuestas por el modo de trabajo, la vida, la alienación, etc.) pero son ellos los que la hacen y no las condiciones anteriores: de otra manera sólo serían simples vehículos de fuerzas inhumanas que regirían a través de ellos al mundo social. Ciertamente esas condiciones existen... pero

<sup>21</sup> *Question...*, pp. 55-56.

<sup>22</sup> Cf. *Question...*, pp. 136-137.

el movimiento de la praxis humana lo sobrepasa conservándolas".<sup>23</sup> La historia que nos está esbozando Sartre debe juzgar hombres y no fuerzas físicas. Los acontecimientos y procesos naturales en sí mismos pueden ser descritos como secuencias de "hechos" que a lo sumo guardan entre sí una relación formal del tipo de la de causa-efecto; salvo que intervenga en y sobre ellos un nuevo factor que, por así decirlo, les dé vida, que de ahistóricas las transforme en históricas; nuevo factor que no es otra cosa que la intervención humana. Se podría argüir que el mundo natural es en-sí y para-sí mismo histórico. Que, por ejemplo, las ciencias geológicas son las encargadas de hacer patente ese carácter propio del devenir de las capas terrestres. Que la química nos puede mostrar el desarrollo histórico que se produce en la combinación de los diferentes elementos del mundo natural. Esto es cierto. Pero no debemos olvidar o dejar de lado un hecho tan valedero o más que el anterior: cuando la geología nos quiere mostrar esa peculiaridad histórica, lo que está haciendo es relatarnos o bien cómo el hombre se ha introducido en ella, qué relaciones ha mantenido con el mundo natural, o bien cuál es el desarrollo que como unidad, como ciencia, han tenido los estudios hechos por los hombres del medio físico. Lo físico pues, sólo es histórico en la medida en que se relaciona o es relacionado con el elemento aportador de historicidad por excelencia: el hombre y la praxis humana.<sup>24</sup> Ocupando por ello dentro del universo viviente un sitio y lugar privilegiados y únicos; es el único ser que tiene la posibilidad, mejor la necesidad, de definirse continuamente y sin cesar "por su propia *praxis* a través de los cambios sufridos y provocados, por su interiorización y luego por el sobrepasar mismo de las relaciones interiorizadas".<sup>25</sup> Es decir, por el ser creación, negación y superación de la historia individual y, con ella, de la colectiva, de la sociedad. El hombre histórico es un "ser sintético" y como tal debe ser tenido en cuenta y analizado por la historia. Así en la base de todo estudio que quiera mostrar el influjo o la obra de un hombre en el pasado, debe encontrarse una *exigencia totalizadora* que obliga a que se muestre al individuo en todas y cada una de sus manifestaciones. Que pretende mostrarnos al hombre entero, completo, pero lo debe hacer dentro de lo que pudiéramos llamar "el cuadro de la rareza" y no como una pieza más en la gran totalidad de una sociedad cumplida y llena, si-

<sup>23</sup> *Question...*, p. 61.

<sup>24</sup> Lo que hemos ejemplificado con la geología y la química bien puede hacerse extensivo a esa consideración simplista de la economía y sus leyes, que pretende hacerla ver y obrar en la historia con la inexorabilidad que se otorga a las leyes naturales. No queremos ni podemos negar la importancia de la economía en los estudios históricos pero creemos, y para emplear la expresión de Sartre, que "es parasitaria".

<sup>25</sup> Cf. *Question...*, pp. 103-104.

no dentro de una colectividad que difícilmente puede cumplir con sus necesidades, dentro de una colectividad que sólo puede ser definida por sus técnicas de trabajo y por los medios en que éste se lleve a cabo. "La ruptura de una sociedad llena de necesidades y dominada por un modo de producción, escribe Sartre, produce antagonismos entre sus miembros; lo económico determina lo socio-económico. *Sin estos principios no hay realidad histórica. Pero sin hombres vivientes, no hay historia*".<sup>26</sup> Ni sucesos históricos específicos; no hay una ciencia que verse sobre la fusión del pasado con el presente en sus múltiples dimensiones.

De existir una historia en los términos en que la postula y la desea Sartre, ¿cuál sería la forma de enfrentarse a esas relaciones humanas y a esas personalidades detenidas que se nos muestran como siendo el objeto central de su estudio?

Ya notábamos cómo para Sartre se debe dejar de lado todo apriorismo en el estudio de la historia, cómo se debe hacer un examen sin prejuicios del suceso histórico para poder "reflejar" los móviles más o menos ocultos que se encuentran en ella y se desean y deben conocer. También apuntábamos cómo para la ideología de la existencia de la que es vocero Sartre una de las metas a cumplir es el desciframiento dialéctico de la historia, de ese negar superando y conservando;<sup>27</sup> que puede y debe ser entendido pasando por la mediación o mediatización, para emplear la terminología hegeliana, de unos hombres concretos, a quienes hemos llamado unas personalidades, del carácter que el condicionante de base les ha dado, de los instrumentos ideológicos que emplean y del "*medium*" real de su momento histórico. Estas dos consideraciones nos permiten esbozar lo más brevemente posible el método de conocimiento histórico que postula Sartre en su *Crítica de la razón dialéctica* y que ya con anterioridad a su publicación había exitosamente empleado en los trabajos de exégesis histórico-biográfica de las personalidades de Baudelaire y de Saint Genet.<sup>28</sup> ¿Cuál es, pues, esa vía de conocimiento que se nos presenta? Antes que nada es un método *totalizador*, que enfáticamente se niega a considerar un aspecto aislado de la vida de los hombres o a ver esa vida como separada de su medio. Ya en las primeras páginas de la Introducción del *Ser y la Nada* leemos lo siguiente: "Todo es un acto. Detrás del acto no hay ni esencia, ni eje, ni centro. Rechazamos, por ejemplo, en-

<sup>26</sup> *Question...*, pp. 85-86. El subrayado es nuestro.

<sup>27</sup> Aquello que Hegel expresa con "Aufheben", ese término de tan difícil traducción.

<sup>28</sup> Si bien es cierto se acostumbra clasificar estas dos obras dentro de la llamada crítica literaria de Sartre, pero consideramos que con igual razón se las puede considerar como dos exitosos intentos de reconstrucción histórica de toda una época efectuada a través de la mediación de estos hombres.

tender por 'genio' —en el sentido que se dice que Proust 'tenía genio' o que era un 'genio'— un poder singular de producir ciertas obras, que no se agotarían, justamente, en la producción de ellas. *El genio de Proust no es ni la obra considerada aisladamente, ni el poder subjetivo de producirlas: es la obra considerada como el conjunto de manifestaciones de la persona...* la esencia de un existente no es una virtud sumergida en la nada de este existente, es la ley manifiesta que precede la sucesión de sus apariciones, *es la razón de la serie*".<sup>29</sup> Esta totalización que, por tener las notas de negar, conservar y superar es dialéctica, debe pues tener en cuenta y hacer uno, envolver dice Sartre, los actos, las pasiones, el trabajo, los influjos e influencias, etc., que se dan en el conjunto de la vida de una personalidad encuadrada y sumergida en su momento histórico y, finalmente, definirla con orientación a su relación con el devenir. Momento del método que debe ser entendido como una pura exposición y practicado sin conceptos preconcebidos, sin metas *a priori* o finalidades extrañas al objeto en cuestión.

El método de conocimiento de lo histórico que nos presenta Sartre es a la vez que totalizador *eurístico*. Muestra algo nuevo y desconocido por ser *regresivo y progresivo*. Su principal cuidado es el colocar al hombre en su lugar, en su cuadro de acción, en las estructuras de la sociedad que le es contemporánea. Obteniéndose desde un primer momento un conocimiento totalizante del momento y aspecto social considerado; pero permaneciendo aún el hombre-objeto, el mediador de la historia, dentro de los límites de la abstracción. El conocimiento comienza, pues, con la producción material de la vida concreta y, pasando por el hombre, debe concluir en la Sociedad Civil, el Estado y la Ideología. En el interior de ese movimiento metódico y real la persona se encuentra condicionada por esos factores, es cierto, pero en la medida en que ella los condiciona y media. Su acción permanece dentro de la totalidad pero, sin embargo, mostrándose implícita y abstracta. Sartre se da clara cuenta de la limitación que implica el que se mantenga su objeto principal de estudio dentro de los límites vacíos de una abstracción. Quiere salvar este impase formulando un tercer y último paso metódico, que trata de vivificar y romper los límites del estudio de las personalidades, que muy esquemáticamente podemos presentar de la manera siguiente:

<sup>29</sup> *L'Être...*, Introducción, p. 12. En la *Cuestión de Método*, (ed. cit., p. 44), Sartre se expresa sobre el mismo tema de la siguiente manera: "Tenemos la ideología de Valéry como el producto concreto y singular de un existente que se caracteriza *en parte* por sus *relaciones* con el idealismo, pero que se debe considerar en su particularidad y luego a partir del grupo concreto del que ha surgido. Esto no implica que sus relaciones no cobijen las de su medio, las de su clase, etc.; sino solamente que las aprehendemos *a posteriori*. Por medio de la observación y en nuestro esfuerzo por totalizar el conjunto de saber posible sobre el problema".

a) Conocimiento de la biografía de la personalidad a estudiar, estableciéndola como una determinación de la temporalidad: sucesión de hechos bien establecidos. Es necesario que la determinación biográfica sea a la vez progresiva y que profundice en la época y viceversa, hasta llegar a una integración de los dos momentos, que debe surgir por sí misma.

b) Intento de determinar, en la época misma, el campo de posibilidades, instrumentos, etc.; es decir, las principales líneas de fuerza que surgen en las relaciones que puedan darse entre hombres contemporáneos. En este momento puede aparecer "lo colectivo". El medio común de acción de toda una sociedad en un momento determinado y que la personalidad particulariza, individualiza y subjetiva al proyectar por él su propia objetivación.

c) Momento "diferencial" es aquel en que se estudia la actividad concreta de la personalidad en cuestión y las diferencias que presenta frente a la llamada actitud común. La diferencia que resulte de este cotejo puede ser considerada como el aporte de la singularidad que es y representa la personalidad. Al abordar el estudio del diferencial no debe olvidarse el cumplimiento de la exigencia totalizadora, ya que las variaciones del individuo no son ni representan meras casualidades, ni pueden ser vistas como aspectos insignificantes: son y forman parte de la totalización vivida que representa el personaje en su proceso de objetivación. Este momento del método es el que llama Sartre "analítico y regresivo". En él nada se puede descubrir sin haber investigado la singularidad histórica del hombre objeto de la historia. Ese vaivén y esa constante regresión constituyen y representan "la profundidad de lo vivido".

d) La búsqueda del movimiento de enriquecimiento totalizador que, a partir de cada momento anterior se engendra en el nuevo, es llamada por Sartre estadio "progresivo" y no es otra cosa que el impulso que parte de aspectos oscuros de la vida de la personalidad para llegar a la comprensión de la objetivación final: *el proyecto*. Se trata de inventar, de recrear repensando, un movimiento: "En verdad se trata de inventar un movimiento, de recrearlo: pero la hipótesis es inmediatamente verificable: sólo puede ser valedera la que realiza en un movimiento creador la unidad de *todas* las estructuras heterogéneas".<sup>30</sup>

Podemos considerar el método que nos ofrece Sartre para la consideración y estudios de la actividad real y concreta de las personalidades en la historia y para el conocimiento total de ella, como una descripción fenomenológica aunada a un doble movimiento dialéctico, de regresión y progreso. Recordemos la definición que de este método nos da su autor: "Definiremos el

<sup>30</sup> Cf. *Question...*, pp. 86-95.



método de acercamiento existencialista como un método regresivo-progresivo y analítico-sintético; es al mismo tiempo un vaivén enriquecedor entre el objeto (que contiene toda la época como significaciones jerarquizadas) y la época (que contiene al objeto en su totalización). En efecto, cuando el objeto se *reencuentra* en su profundidad y en su singularidad, en lugar de quedar en el interior de la totalización. . . entra inmediatamente en contradicción con ella: en una palabra, la simple yuxtaposición inerte de la época da lugar a un conflicto viviente".<sup>31</sup> Y la historia, repitámoslo una vez más, no es otra cosa que un conflicto viviente en el seno e interioridad de unos individuos representativos o mediadores de su colectividad y conflictos.

Para Sartre la historia sería la narración de la vida de ciertos hombres, de ciertas personalidades completas, sin libertad, sin posibilidad de elección: muertas. De personalidades que, como lo quiere el historiador Lucien Febvre,<sup>32</sup> entregan su obra a sus continuadores sin saber si ha de ser modificada, desvirtuada o anulada, es ésta la tragedia de las personalidades y de la historia: "han caído en el dominio público". Entender la historia de la manera como nos la presenta Sartre es comprenderla sin un afán moralizante. Es comprender y sistematizar la praxis de los hombres como tal, como acción, lucha y trabajo humano en un mundo social de relaciones e interrelaciones constitutivas del conjunto de lo humano. De las que ciertos individuos, las personalidades o, para emplear el término ya tradicional pero equívoco, los héroes, son sus máximas expresiones, sus más plenos voceros. Figuras que en esta concepción no serían ni los paradigmas a seguir, ni los ardidés de un espíritu, ni las encarnaciones de la historia. Sólo serían, y no es poco, un cierto tipo, el mejor y más claro, de expresión de lo común que presentan los hombres de cada época y lugar, sufriendo las particularidades de su vida y momento. Sólo serían la mediación necesaria para el reconocimiento, comprensión y análisis en el pasado de lo más propio del hombre en cualquiera de sus proyecciones temporales: la libertad, la escogencia y el compromiso.

<sup>31</sup> *Question...*, p. 94.

<sup>32</sup> Cf. FEBVRE, LUCIEN, *Un destin: Martin Luther*, ed. Rieder, Paris, 1928.

## IMAGEN Y VERDAD

### OBSERVACIONES AL MARGEN DE UN PROBLEMA ESTRUCTURAL DE LA OBRA DE FRANZ KAFKA

DR. HANS-GÜNTER POTT  
Instituto Tecnológico y de  
Estudios Superiores de Monterrey

MUY POCOS AUTORES alemanes de este siglo (y no sólo de éste) han obtenido un eco tan persistente en el mundo literario como Franz Kafka. Podría ser difícil, o hasta imposible, que se definan detalladamente, en la actualidad, las causas de tal resultado. Mas se puede suponer que la obra de Kafka esté relacionada profundamente con la situación espiritual de nuestra época. La cantidad avasalladora de interpretaciones de dicha obra que, en su mayor parte, comenzaron en Alemania, hace alrededor de quince años y que todavía no parecen terminar, señala de manera general e inequívoca la importancia de esta obra para nuestro tiempo, aunque es su principal característica que deje al intérprete, así como al lector, ante una tarea difícil y pesada. La totalidad ya inapreciable de la literatura acerca de Kafka contiene en su heterogeneidad un comentario no intentado y concreto, podría casi decirse

Las citas traducidas por el autor se efectúan según las ediciones alemanas y con abreviaturas añadidas entre paréntesis.

FRANZ KAFKA, *Beschreibung eines Kampfes*, 1954 (Be.).

— *Erzählungen*, 1946 (Erz.).

— *Hochzeitsvorbereitungen auf dem Lande*, 1953 (Ho.).

— *Der Prozeß*, 1953 (Pr.).

— *Das Schloß*, 1951 (Sch.).

— *Tagebücher*, 1951 (Ta.).

GUSTAV JANOUCH, *Gespräche mit Kafka*, 1951 (Jan.).

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Der Wille zur Macht*, 1952 (Nie.).